



Les Chevaliers de l'Isle:



de cómo aconteció
aquella noche en
los lugares del
Château de Clos
de Vougeot, en
la campiña de la


muy noble ourgonne,
el menoscabo y pérdida de ciertos
pables y otros menesteres
que luego se dirán:::

En la casa de Armstrong Free Lance.
Anno Domini mrviii.



Bresto!

El carruaje de la descendiente del otrora **Dux** rozaba ya las estribaciones de tierras italianas. La veneciana, ataviada con sus mejores telas, cubierta con armiño por el frío invernal, era impetuosa. Lo **Propio** de su juventud, como diría su compañera de viaje, la rica heredera de los conocidos comerciantes españoles de la **Piazza di Spagna**: los **Vallejo** y **Castrillo**, de rancio raigambre en las frías tierras meseteñas. Doña **Rigoberta** se había unido a la veneciana cerca de **Bobbio**. Allí – decían las gentes del pueblo – **Silvestre II** se había iniciado en el arte de la magia. De la biblioteca del monasterio se realizaron numerosas copias de sus ejemplares. Eso lo sabía bien **Celestino**, **Abad** de **Ripoll**, consumado bibliófilo, versado en múltiples lenguas, y experto – decían –



en las artes de la alquimia. Leyendas sin duda. Lo cierto es que al abrigo de la chimenea del refectorio, rodeadas por laboriosos monjes, las dos damas – Lucrecia Foscarí y Rigoberta de Vallejo y Castrillo – degustaban un aromático cabernet de las bodegas del monasterio.


- Creedme Lucrecia. Aún no comprendo la premura de nuestra presencia en Château du Clos de Vougeot. Y menor es mi entendimiento sobre la hora exacta de llegada.

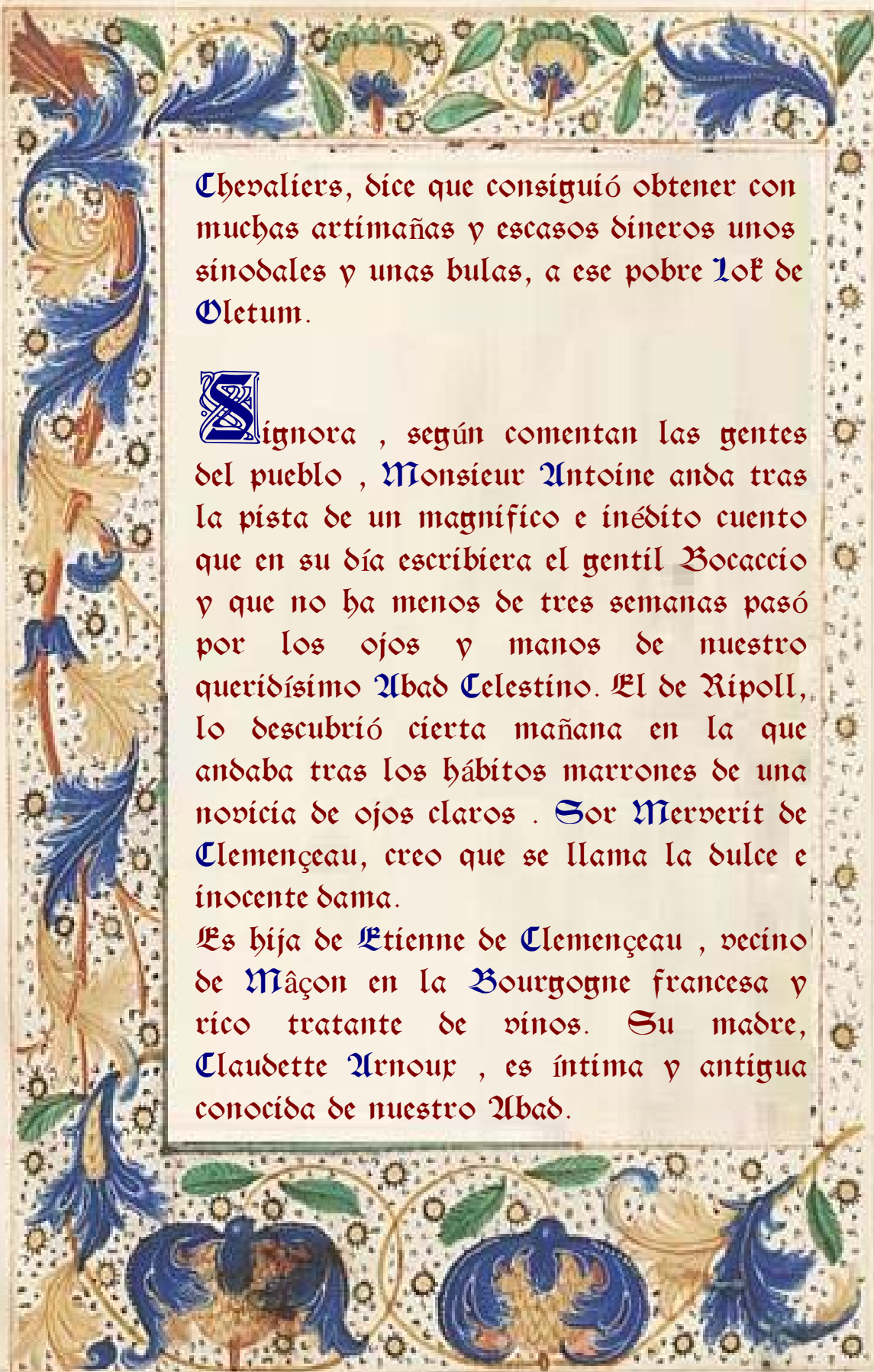
- Certo, Signora! Nunca mas tarde de las 6 en punto, el último día del



Año. Nuestro buen Abat de Ripoll lleva allí al menos cinco días. Supongo que dando buena cuenta de sus pesquisas en los anaqueles de la

librería del castillo. Antoine – ya sabéis, uno de mis más preciados






Chevaliers, dice que consiguió obtener con muchas artimañas y escasos dineros unos sinodales y unas bulas, a ese pobre Loſ de Oletum.

Signora , según comentan las gentes del pueblo , Monsieur Antoine anda tras la pista de un magnífico e inédito cuento que en su día escribiera el gentil Bocaccio y que no ha menos de tres semanas pasó por los ojos y manos de nuestro queridísimo Abad Celestino. El de Ripoll, lo descubrió cierta mañana en la que andaba tras los hábitos marrones de una novicia de ojos claros . Sor Merverit de Clemenceau, creo que se llama la dulce e inocente dama.

Es hija de Etienne de Clemenceau , vecino de Mâcon en la Bourgogne francesa y rico tratante de vinos. Su madre, Claudette Arnoux , es íntima y antigua conocida de nuestro Abad.



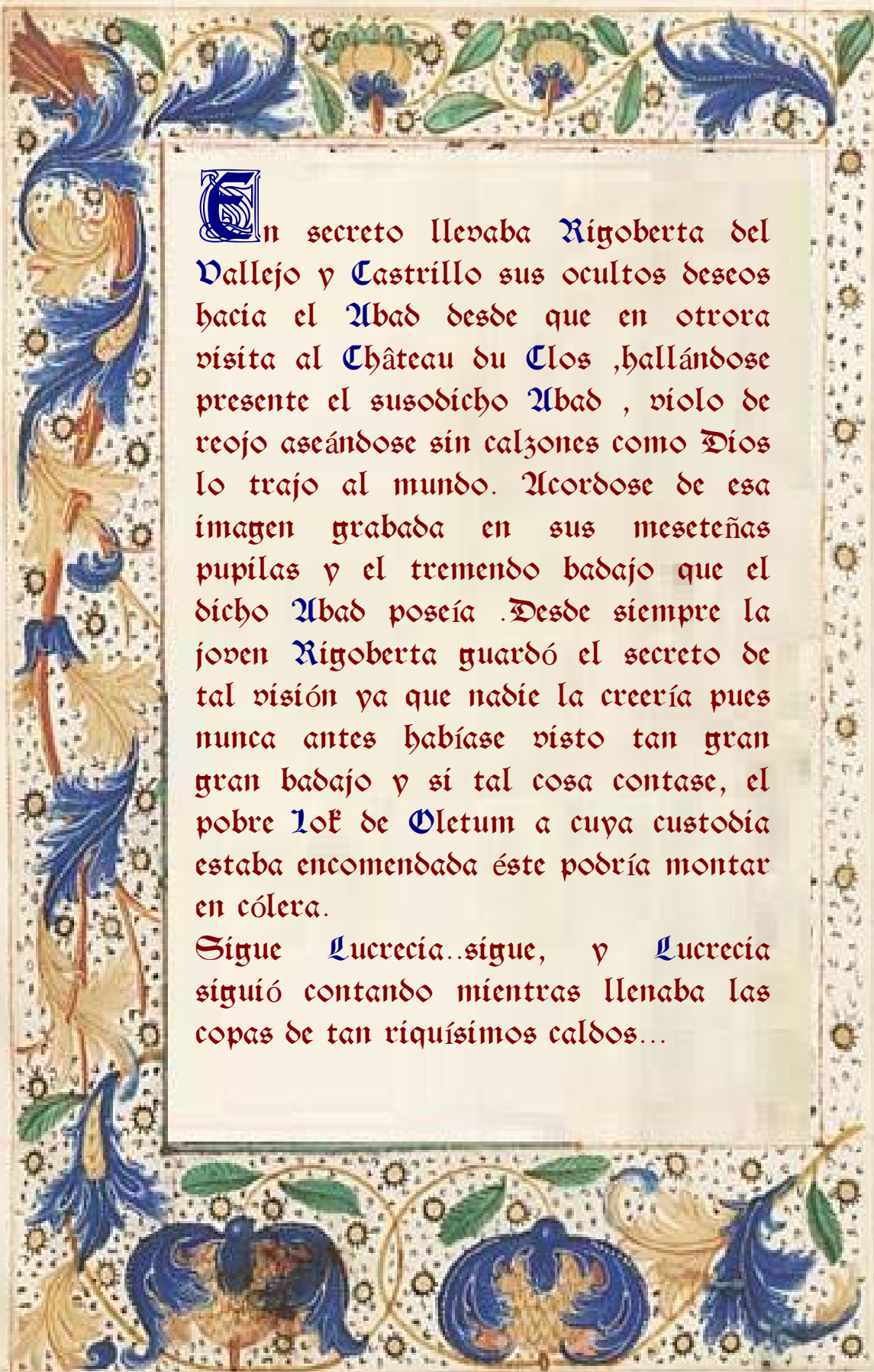
Refinada, culta y amante de la música y las Letras, Madame Clo ha confiado al monasterio de Ripoll la educación de su única hija y heredera. Dicen las malas lenguas que el Abad anda prendado de sus verdes ojos y que en horas de maitines, cuando las novicias abandonan las celdas y caminan silenciosamente hacia la capilla, D. Celestino persigue a la doncella, con la esperanza de oír de sus dulces labios unas palabras.

Esa mañana, el Abad escondido detrás de una columna que tapaba la puerta de la capilla, pudo abordar a la muchacha y mirándola a los ojos, la atontó de tal manera que consiguió llevarla a la biblioteca sin mediar palabra alguna.

- Oh, oh... Lucrecia ¡Es eso cierto? ¡Qué horror! ¡Pobre muchacha!.


Pero sigue, sigue contando Lucrecia, y sírveme mientras tanto otra copa.





En secreto llevaba Rigoberta del Vallejo y Castrillo sus ocultos deseos hacia el Abad desde que en otrora visita al Château du Clos ,hallándose presente el susodicho Abad , violo de reajo aseándose sin calzones como Dios lo trajo al mundo. Acordose de esa imagen grabada en sus meseteñas pupilas y el tremendo badajo que el dicho Abad poseía .Desde siempre la joven Rigoberta guardó el secreto de tal visión ya que nadie la creería pues nunca antes habíase visto tan gran gran badajo y si tal cosa contase, el pobre Iof de Oletum a cuya custodia estaba encomendada éste podría montar en cólera.

Sigue Lucrecia .sigue, y Lucrecia siguió contando mientras llenaba las copas de tan riquísimos caldos...




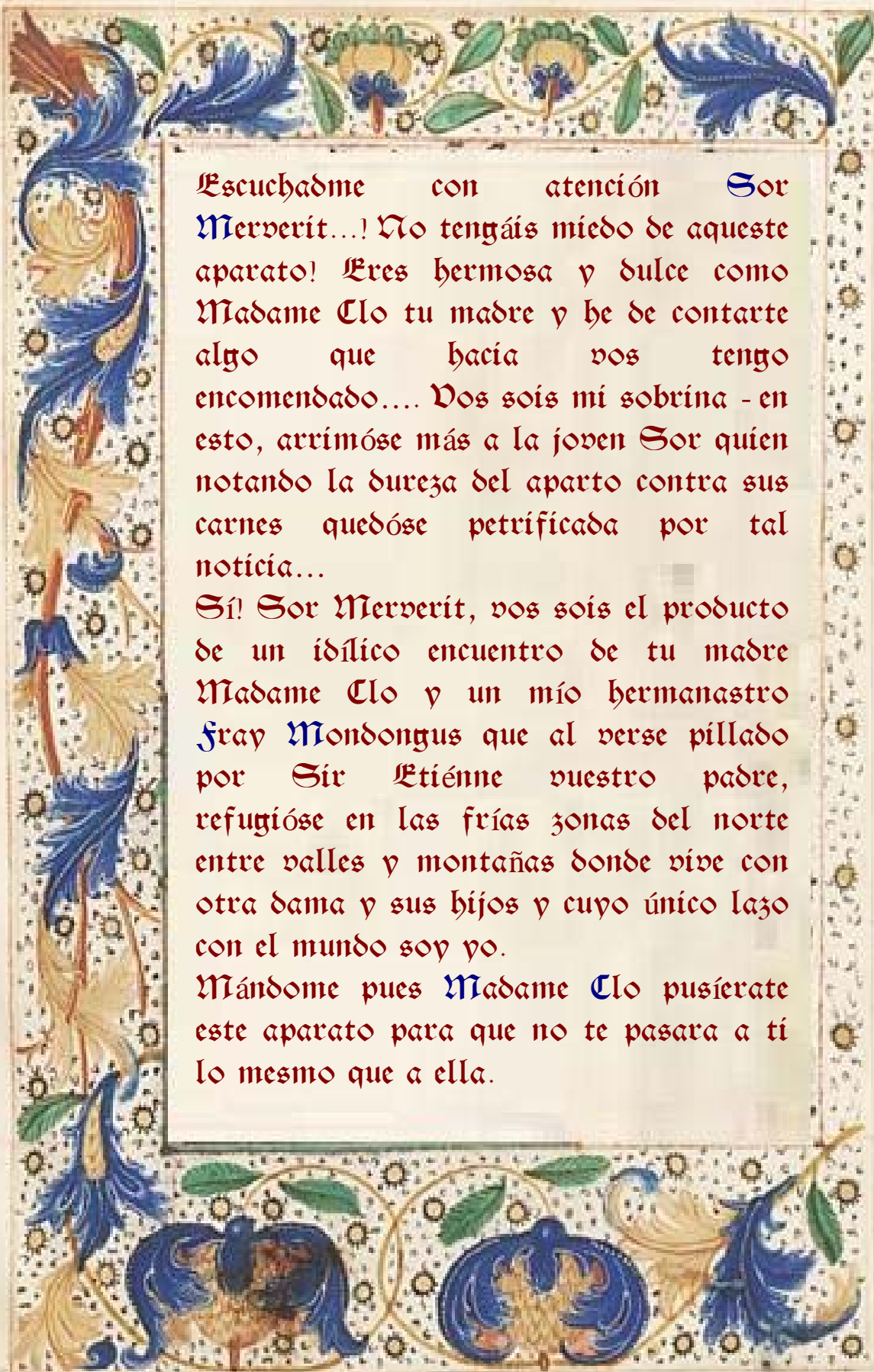
Se aquí que **Merverit** hija de Etienne y de Madame Clo encontrose a solas con el Abad.

Quedose prendada de tal cantidad de libros en la grandeza de la biblioteca que no se percató que habíase arrimado el Abad con un raro y enorme aparato en la mano.

¡Por Dios Señor Abad! ¿no me iréis a poner eso?.....

Mientras **Rigoberta** esto oía ruborizose de tal manera que solicitó más cabernet para poder seguir escuchando a Lucrecia que a su vez llenábase también su copa. Acercóse **Celestino** cuyo rostro curtido ya por los años de hazañas vividas y susurrando al oído de **Sor Merverit** espetóle mientras su torso ya había sido desnudado y sus volandas y faldones yacían en el frío suelo de la biblioteca...





Escuchadme con atención Sor Merverit...! No tengáis miedo de aqueste aparato! Eres hermosa y dulce como Madame Clo tu madre y he de contarte algo que hacia vos tengo encomendado.... Vos sois mi sobrina - en esto, arrimóse más a la joven Sor quien notando la dureza del aparato contra sus carnes quedóse petrificada por tal noticia...

Sí! Sor Merverit, vos sois el producto de un idílico encuentro de tu madre Madame Clo y un mío hermanastro Fray Mondongus que al verse pillado por Sir Etienne vuestro padre, refugióse en las frías zonas del norte entre valles y montañas donde vive con otra dama y sus hijos y cuyo único lazo con el mundo soy yo.

Mándome pues Madame Clo pusierate este aparato para que no te pasara a tí lo mesmo que a ella.

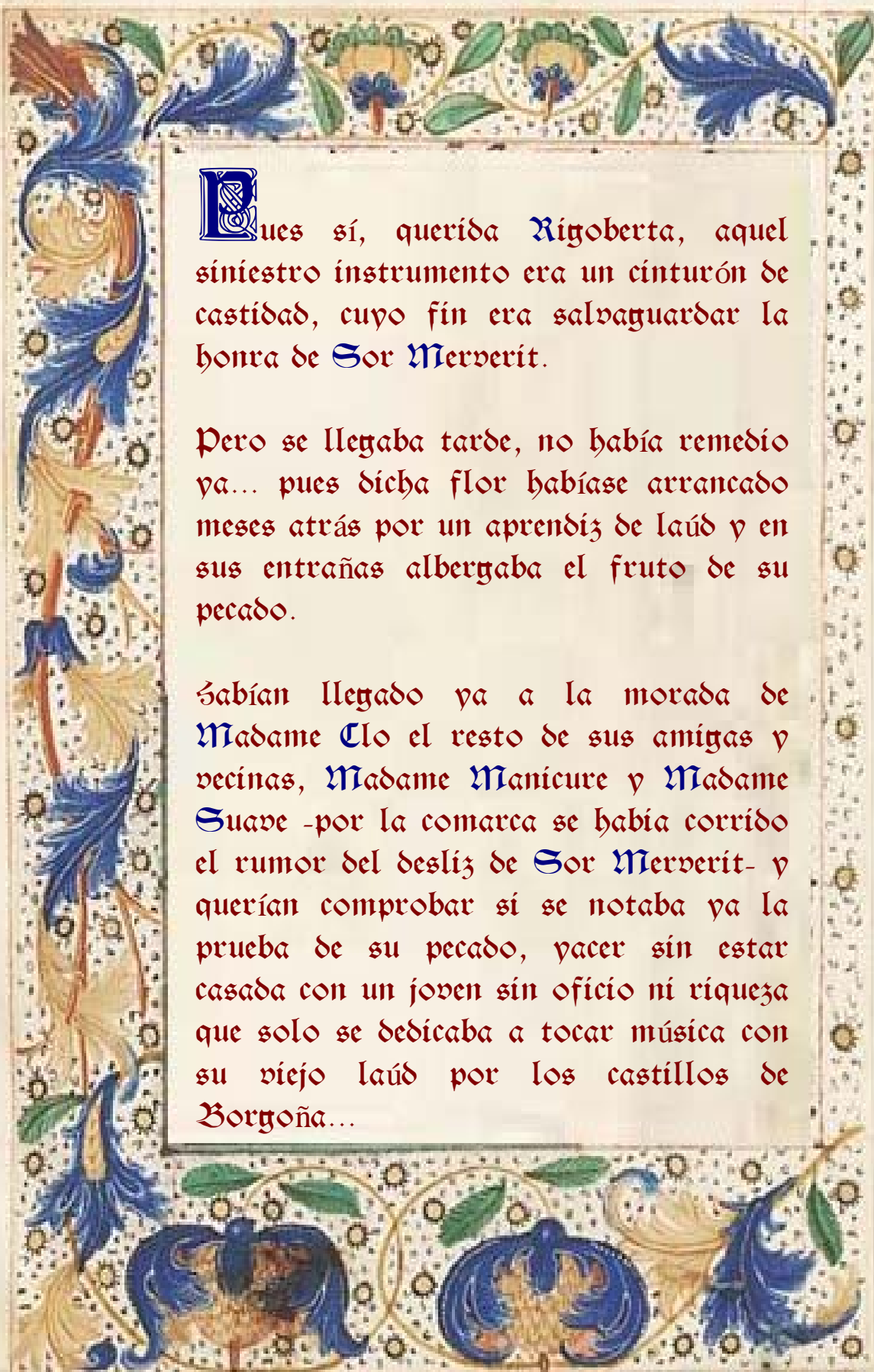


Entonces este aparato es... Sí! es un cinturón de castidad!.

La Joven Rigoberta casi atragantóse con el cabernet y ya no solicitó más caldo a la Lucrecia, cogiólo ella misma pues tal fue el susto recibido, volando de su mente la forma del badajo e intentó ver cómo era el cinturón... Mientras un enorme grillo auracariano observábalos desde lo alto del torreón iban prestos acercándose más invitados..., todos citados, todos a las 6...ya se veía llegar una hermosa dama de uñas largas cogido de la mano de un picaruelo mozalbete, y a lo lejos más allá una gran dama Doña Suave Marquesa del Gironí ...todos llegaban, puntuales a la hora...¿desvelaríase el secreto ¿ ¿podría Antoine recuperar el cuento?

....Lucrecia siguió hablándole a Rigoberta de Vallejo.....






Pues sí, querida Rigoberta, aquel siniestro instrumento era un cinturón de castidad, cuyo fin era salvaguardar la honra de Sor Merverit.

Pero se llegaba tarde, no había remedio ya... pues dicha flor habíase arrancado meses atrás por un aprendiz de laúd y en sus entrañas albergaba el fruto de su pecado.

Sabían llegado ya a la morada de Madame Clo el resto de sus amigas y vecinas, Madame Manicure y Madame Suave -por la comarca se había corrido el rumor del deslíz de Sor Merverit- y querían comprobar si se notaba ya la prueba de su pecado, yacer sin estar casada con un joven sin oficio ni riqueza que solo se dedicaba a tocar música con su viejo laúd por los castillos de Borgoña...

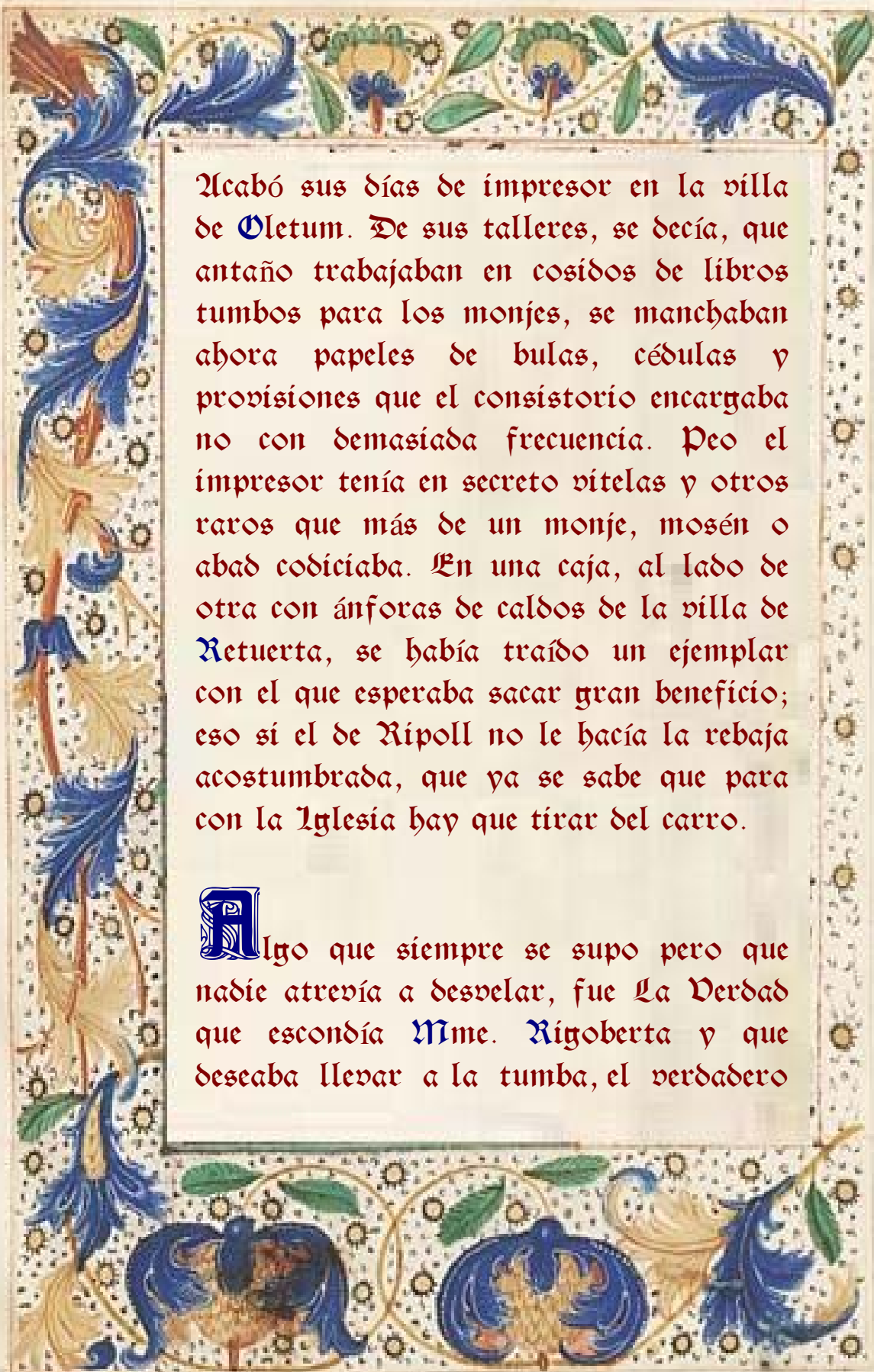


Vive Dios que del carro no he menester de apearme! – gritó Loñ al pobre alguacil apostado a las puertas de la villa de Vougeot.

- No seré yo quien os ha de pagar por portazgo alguno, ni me veo tampoco en la necesidad de alcabalas. Pues habréis de conocer que por pragmáticas y otras reales provisiones de los reinos de Castilla, mi mercancía está exenta. Y sin más tiró de los bueyes. Pues sucio y harto ya estaba. Con ansias de dar con los maltrechos huesos en colchón alguno. Con la mirada enrojecida por el polvo del camino, y el corazón – y otro apéndice, de menos honrosa condición – pendiente de poder encontrar en el castillo a su idolatrada Rigoberta.


No fue nunca zagal de grandes luces.





Acabó sus días de impresor en la villa de Oletum. De sus talleres, se decía, que antaño trabajaban en cosidos de libros tumbos para los monjes, se manchaban ahora papeles de bulas, cédulas y provisiones que el consistorio encargaba no con demasiada frecuencia. Pero el impresor tenía en secreto vitelas y otros raros que más de un monje, mosén o abad codiciaba. En una caja, al lado de otra con ánforas de caldos de la villa de Retuerta, se había traído un ejemplar con el que esperaba sacar gran beneficio; eso sí el de Ripoll no le hacía la rebaja acostumbrada, que ya se sabe que para con la Iglesia hay que tirar del carro.

Algo que siempre se supo pero que nadie atrevía a desvelar, fue La Verdad que escondía Mme. Rigoberta y que deseaba llevar a la tumba, el verdadero




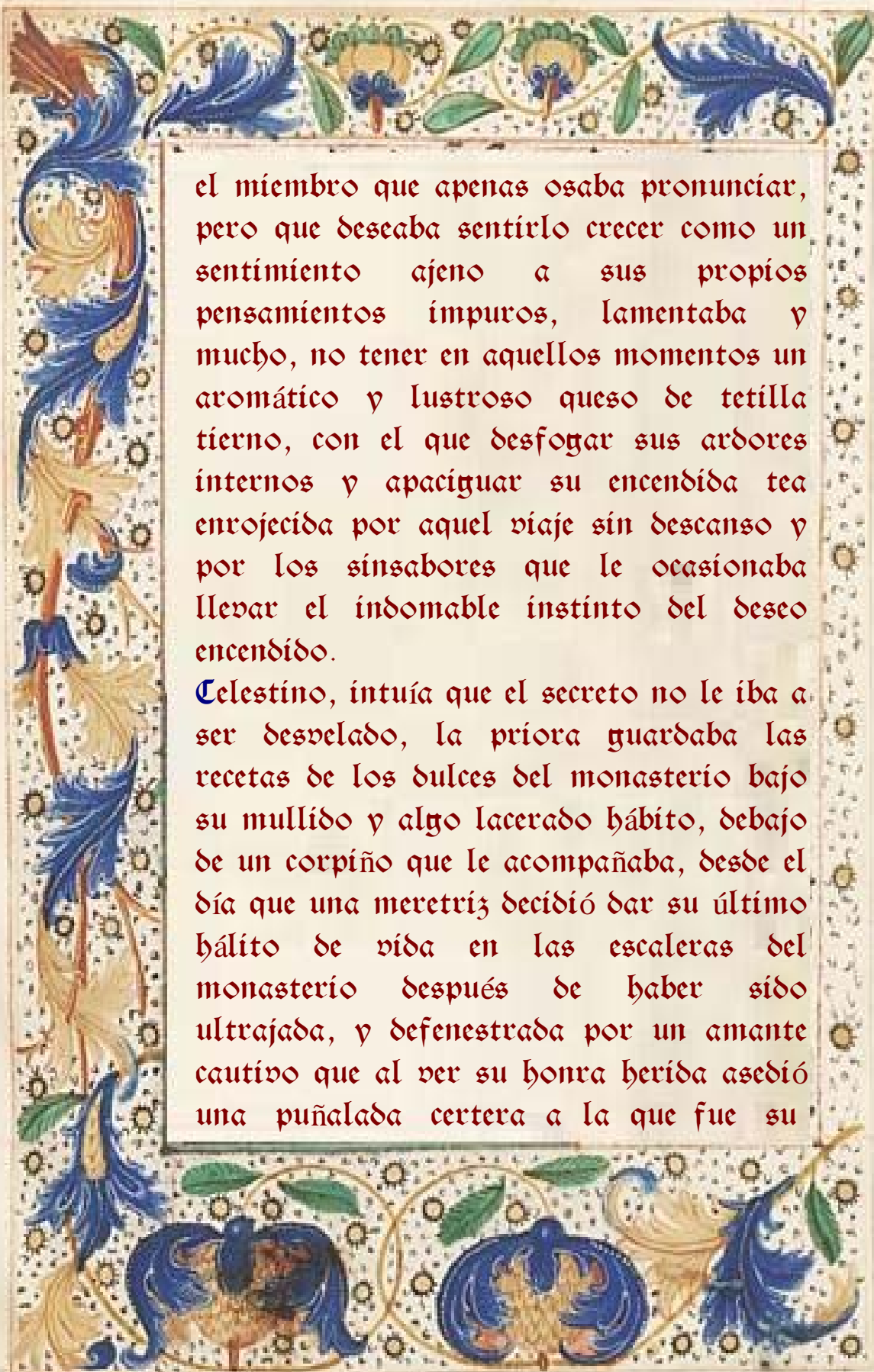
secreto de las auténticas delicias que saboreaban todos los prelados de la comarca y que acudían a comprobar in situ, no sólo por las viandas exquisitas que de la comarca se expedían, sino por las manos artesanas que elaboraban aquellos deliciosos quesos de tetilla que tanto apreciaba el monseñor, dueño de las tierras donde se aposentaban los frios pies de las novicias, ingenuas pero afanosas en sus menesteres.



Apresurábase el monseñor a degustar aquellos exquisitos y poco conocidos manjares, cuando regresando de un viaje de negocios de Venecia,

el carruaje se salió de la calzada y acabó con sus huesos en un terreno algo inhóspito por no decir terreno baldío y como



A decorative border surrounds the text, featuring blue and gold floral motifs, including stylized flowers and leaves, set against a background of small black dots.

el miembro que apenas osaba pronunciar, pero que deseaba sentirlo crecer como un sentimiento ajeno a sus propios pensamientos impuros, lamentaba y mucho, no tener en aquellos momentos un aromático y lustroso queso de tetilla tierno, con el que desfogar sus ardores internos y apaciguar su encendida tea enrojecida por aquel viaje sin descanso y por los sinsabores que le ocasionaba llevar el indomable instinto del deseo encendido.

Celestino, intuía que el secreto no le iba a ser desvelado, la priora guardaba las recetas de los dulces del monasterio bajo su mullido y algo lacerado hábito, debajo de un corpiño que le acompañaba, desde el día que una meretriz decidió dar su último hálito de vida en las escaleras del monasterio después de haber sido ultrajada, y defenestrada por un amante cautivo que al ver su honra herida asedió una puñalada certera a la que fue su




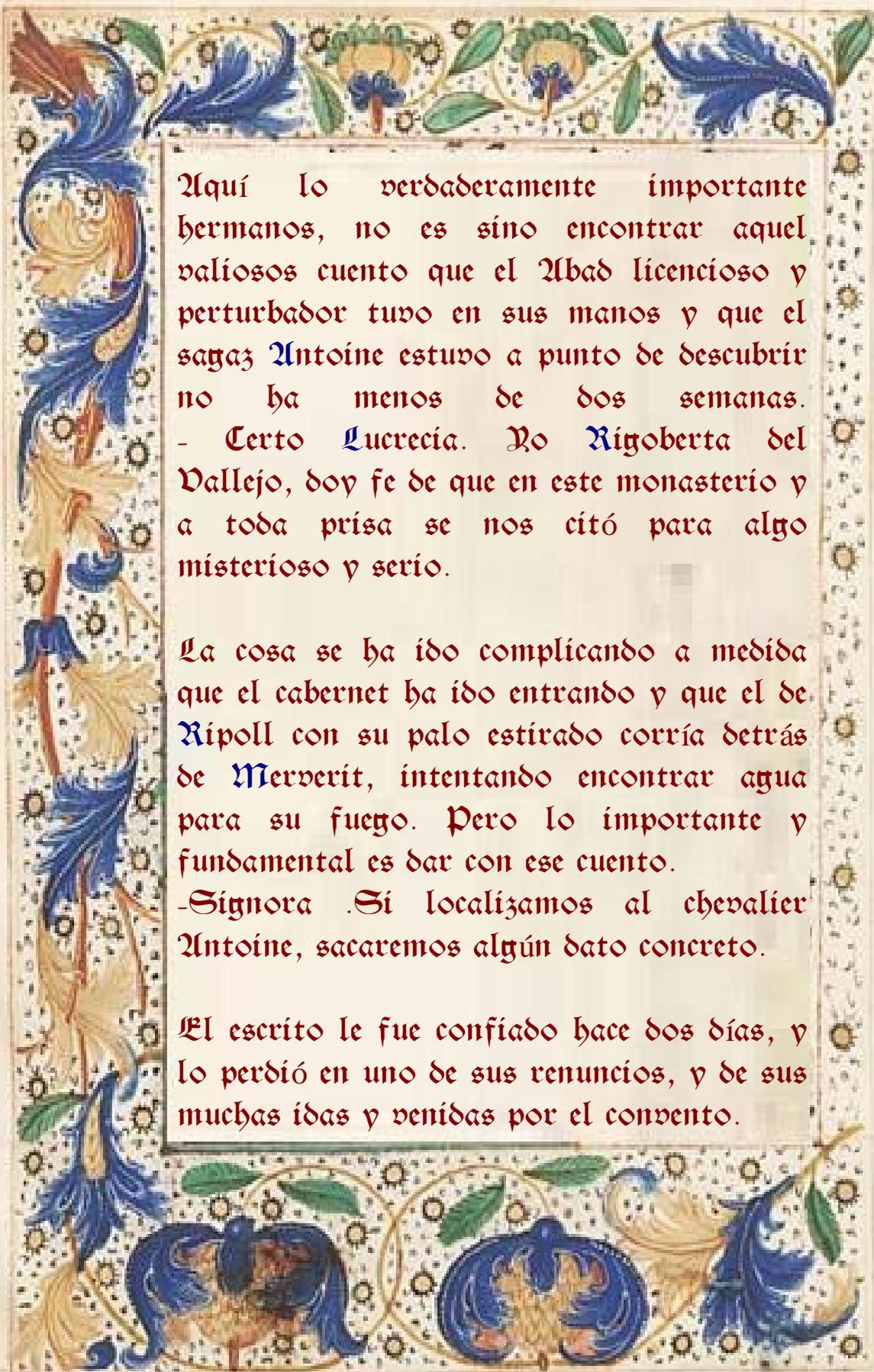
despertar en vivencias y sentires.

Fueron las novicias las que enjuagaron y perfumaron el bello rostro de aquel ser maltrecho, perfumándolo con flores de azahar y sepultándolo bajo un bello limonero, la priora prendada de los seductores ojos de aquella manceba, dijo encargarse de sus prendas, cuando en realidad hizo suyo aquel corpiño que convirtió en prenda de deseos tal vez lejanos en imágenes y quizás no en sentimientos enfrentados.

¡Deseaba tanto cambiar de corpiño, como degustar las cañas elaboradas por los monjes de la abadía!

Dejense de Mondongus, tetillas de novicias y badajos colgando -dijo Lucrecia a D. Celes, Iofin, Rigoberta, y demás monjes y ermitaños.






Aquí lo verdaderamente importante
hermanos, no es sino encontrar aquel
valiosos cuento que el Abad licenciado y
perturbador tuvo en sus manos y que el
sagaz Antoine estuvo a punto de descubrir
no ha menos de dos semanas.
- Certo Lucrecia. No Rigoberta del
Vallejo, doy fe de que en este monasterio y
a toda prisa se nos citó para algo
misterioso y serio.

La cosa se ha ido complicando a medida
que el cabernet ha ido entrando y que el de
Ripoll con su palo estirado corría detrás
de Merverit, intentando encontrar agua
para su fuego. Pero lo importante y
fundamental es dar con ese cuento.


-Signora .Si localizamos al chevalier
Antoine, sacaremos algún dato concreto.

El escrito le fue confiado hace dos días, y
lo perdió en uno de sus renunciados, y de sus
muchas idas y venidas por el convento.




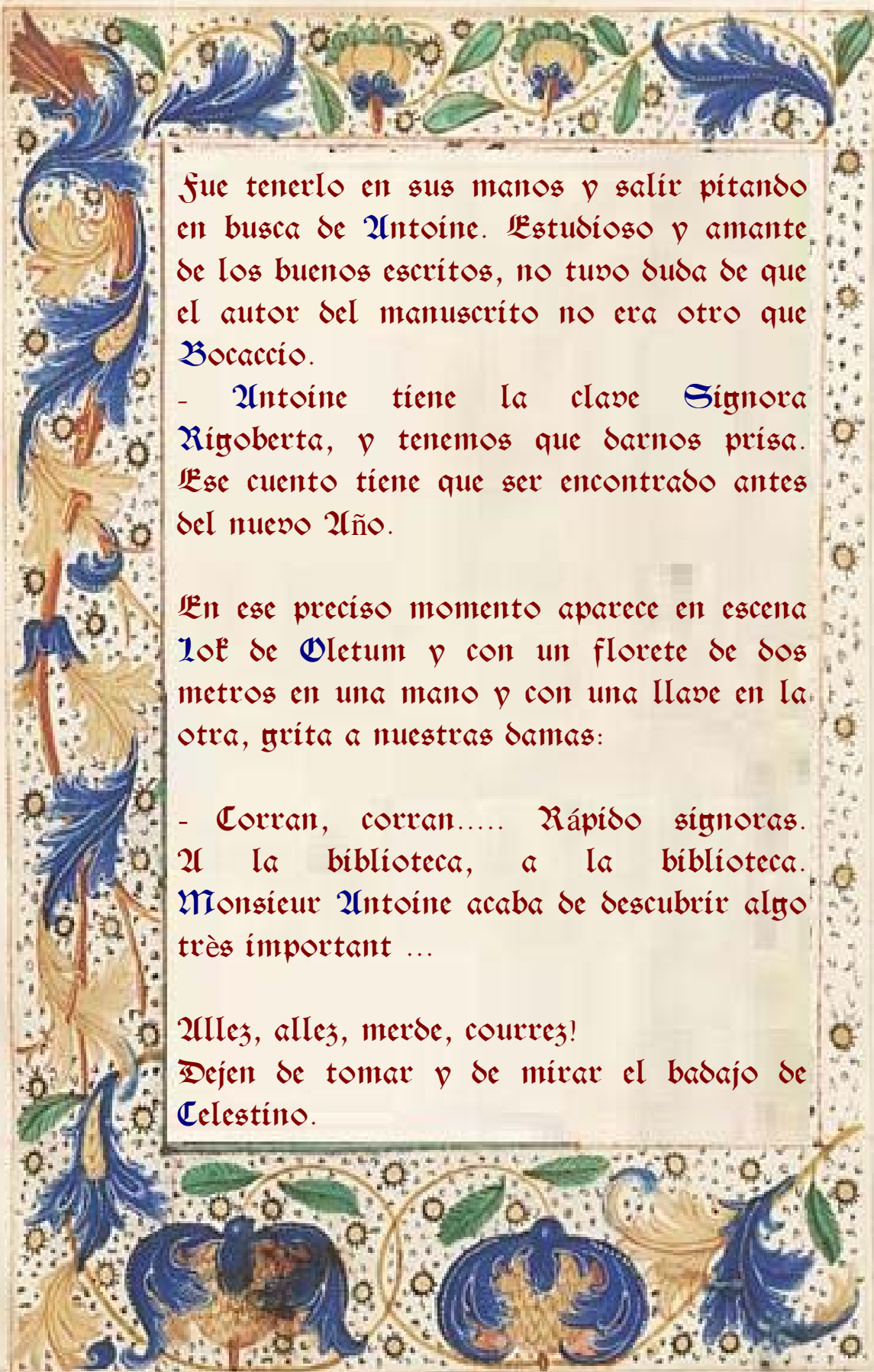
Loſ de Oletum confesó haberlo viſto con ſus propios ojos el día que el abad llegó a la biblioteca con **Merverit** medio desfallecida.

Andaba **Celestino** con la bragüeta abierta y el punzón bien diſpuesto, cuando un monje deſpiſtado entró en la biblioteca y le metió un buen ſusto. Como sólo tenía dos manos, con una ſujetaba el colgajo y con la otra a **Merverit** dormida. Raudo echó mano a cubrirſe las vergüenzas, y con las priſas ſoltó a **Merverit**. La pobre ſalió volando y fue a dar con ſu dulce y voluptuoſo cuerpo con una puertecilla ſecreta que había en la quinta balda de una eſantería de la biblioteca.



Se abrió la puerta y allí eſtaba. Allí durmiendo en el polvo de los tiempos el de **Ripoll** encontró eſa joya de otros tiempos.





Fue tenerlo en sus manos y salir pitando en busca de Antoine. Estudioso y amante de los buenos escritos, no tuvo duda de que el autor del manuscrito no era otro que Bocaccio.

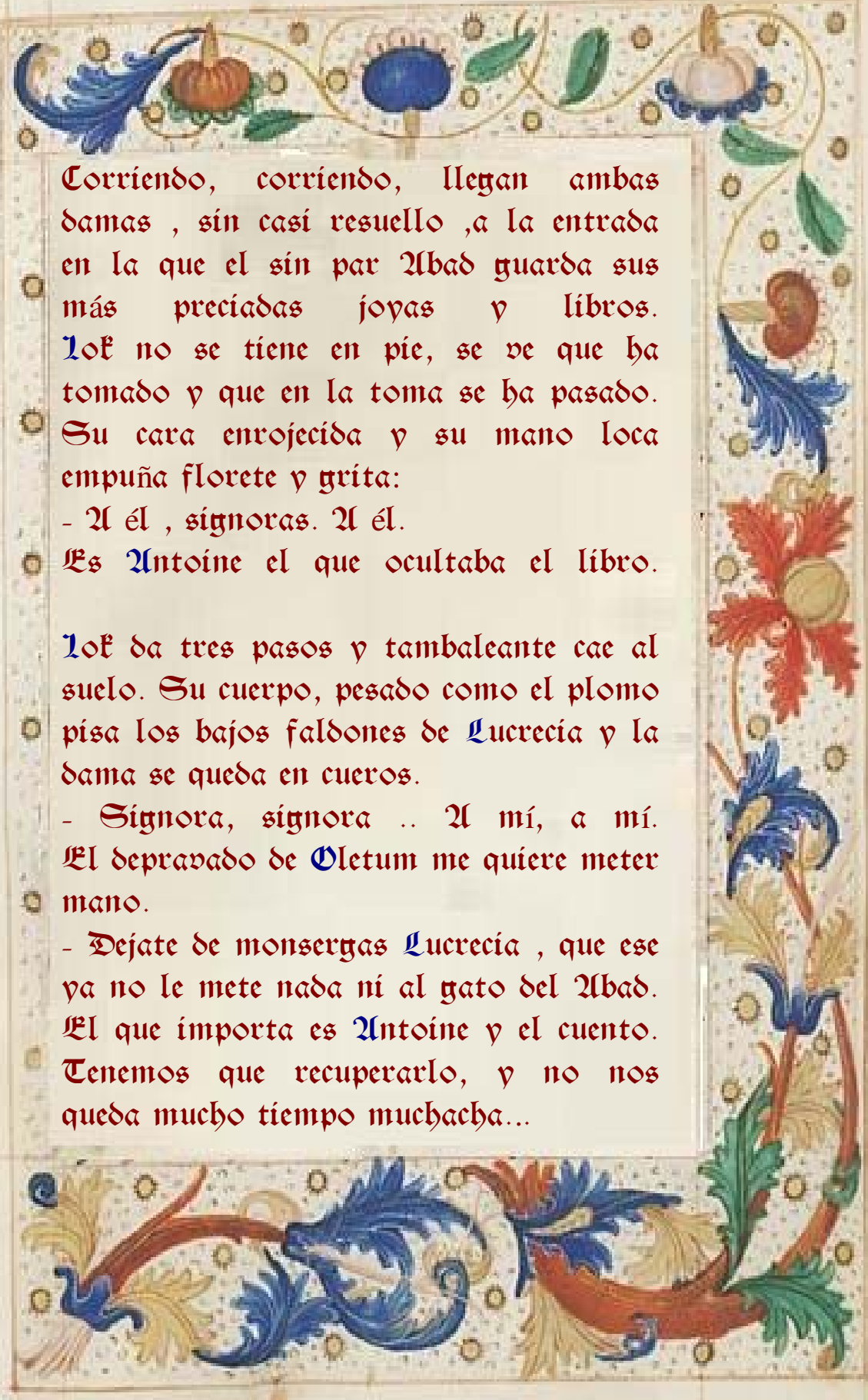
- Antoine tiene la clave Signora Rigoberta, y tenemos que darnos prisa. Ese cuento tiene que ser encontrado antes del nuevo Año.

En ese preciso momento aparece en escena Loſ de Oletum y con un florete de dos metros en una mano y con una llave en la otra, grita a nuestras damas:

- Corran, corran..... Rápido signoras. A la biblioteca, a la biblioteca. Monsieur Antoine acaba de descubrir algo très important ...

Allez, allez, merde, courez!

Dejen de tomar y de mirar el badajo de Celestino.



Corriendo, corriendo, llegan ambas damas , sin casi resuello ,a la entrada en la que el sin par Abad guarda sus más preciadas joyas y libros. Loñ no se tiene en pie, se ve que ha tomado y que en la toma se ha pasado. Su cara enrojecida y su mano loca empuña florete y grita:

- A él , signoras. A él.

Es Antoine el que ocultaba el libro.

Loñ da tres pasos y tambaleante cae al suelo. Su cuerpo, pesado como el plomo pisa los bajos faldones de Lucrecia y la dama se queda en cueros.

- Signora, signora .. A mí, a mí. El depravado de Oletum me quiere meter mano.

- Dejate de monsergas Lucrecia , que ese ya no le mete nada ni al gato del Abad. El que importa es Antoine y el cuento. Tenemos que recuperarlo, y no nos queda mucho tiempo muchacha...



- Presto , presto...

- Pero signora , que estoy en cueros y el Abad no anda lejos.

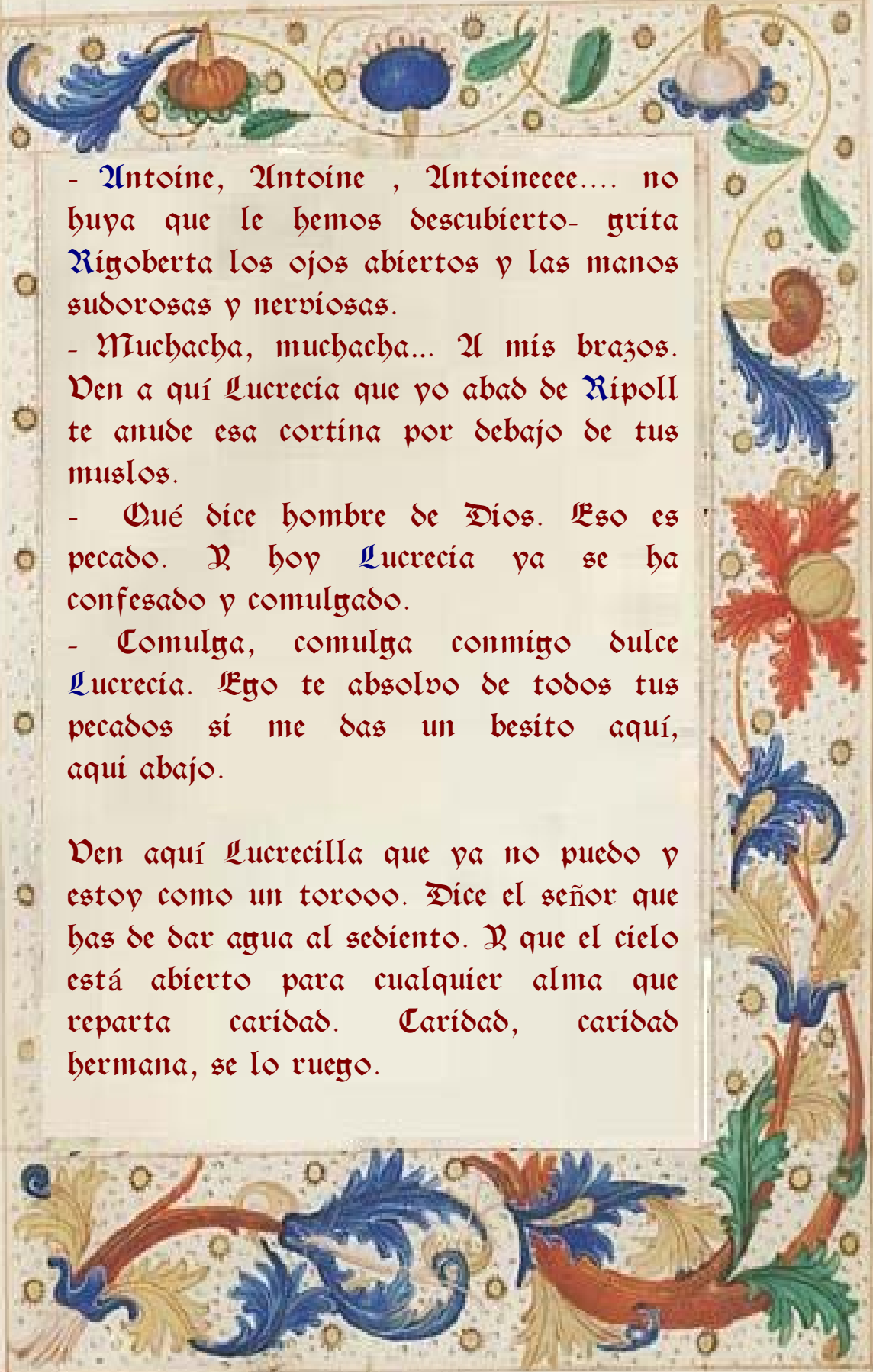
- Alto ahí , Altoooo...

A dónde vas muchacha? Ven aquí que estas manos de santo Abad cubran esas partes tuyas que me están turbando.

- Signora, madame, D^a Rigobertaa, favor, a mí , que en la puerta, con los ojos como teas y con grandes tentáculos el de Ripoll se presenta.

- Dejate de chocheces, muchacha. Olvídate del cura, de las manos y del fuego. Tira de esa cortina y tapate el mondongo.

Y corre, corre que se nos huye el Antonio. Y hay que cogerlo aunque sea de los pelos. El cuento , el cuento.. que se lo lleva el condenado.

A decorative border surrounds the text, featuring a variety of floral and fruit motifs. At the top, there are blue acanthus leaves, a red apple, a blue flower, and a white flower. On the right side, there are blue acanthus leaves, a red apple, and a red flower. At the bottom, there are blue acanthus leaves, a red apple, and a red flower. The border is set against a background of small gold dots.


- Antoine, Antoine , Antoinneeee.... no huya que le hemos descubierto- grita Rigoberta los ojos abiertos y las manos sudorosas y nerviosas.

- Muchacha, muchacha... A mis brazos. Ven a quí Lucrecia que yo abad de Ripoll te anude esa cortina por debajo de tus muslos.

- Qué dice hombre de Dios. Eso es pecado. Y hoy Lucrecia ya se ha confesado y comulgado.

- Comulga, comulga conmigo dulce Lucrecia. Ego te absolvo de todos tus pecados si me das un besito aquí, aquí abajo.

Ven aquí Lucrecilla que ya no puedo y estoy como un torooo. Dice el señor que has de dar agua al sediento. Y que el cielo está abierto para cualquier alma que reparta caridad. Caridad, caridad hermana, se lo ruego.



Lucrecia ha quedado atontada. El abad es un brujo y con sus sabias palabras a la muchacha ha trastocado. Avanzando despacio llega a sus brazos y la cortina se desliza hacia el suelo.


Al abad los ojos le brillan de deseo y desde su parte más sureña una fiesta de cohetes y truenos refulgen y deja al descubierto el cohete más hermoso y potente que en el mundo se haya visto.

Lucrecia abre los ojos y grita: Ayyyyy... Dios mío ¿Qué es esto que roza mi muslo?

Es la vida muchacha. Es el cielo. Ven, que las puertas están abiertas.

Ven, lleguemos, entremos los dos juntos.


- Ohhhh., Ahhh. ..Abad, abad, abad... estese quieto que siento como el agua corre y fluye por mi secreto ¿Esto no será pecado?.

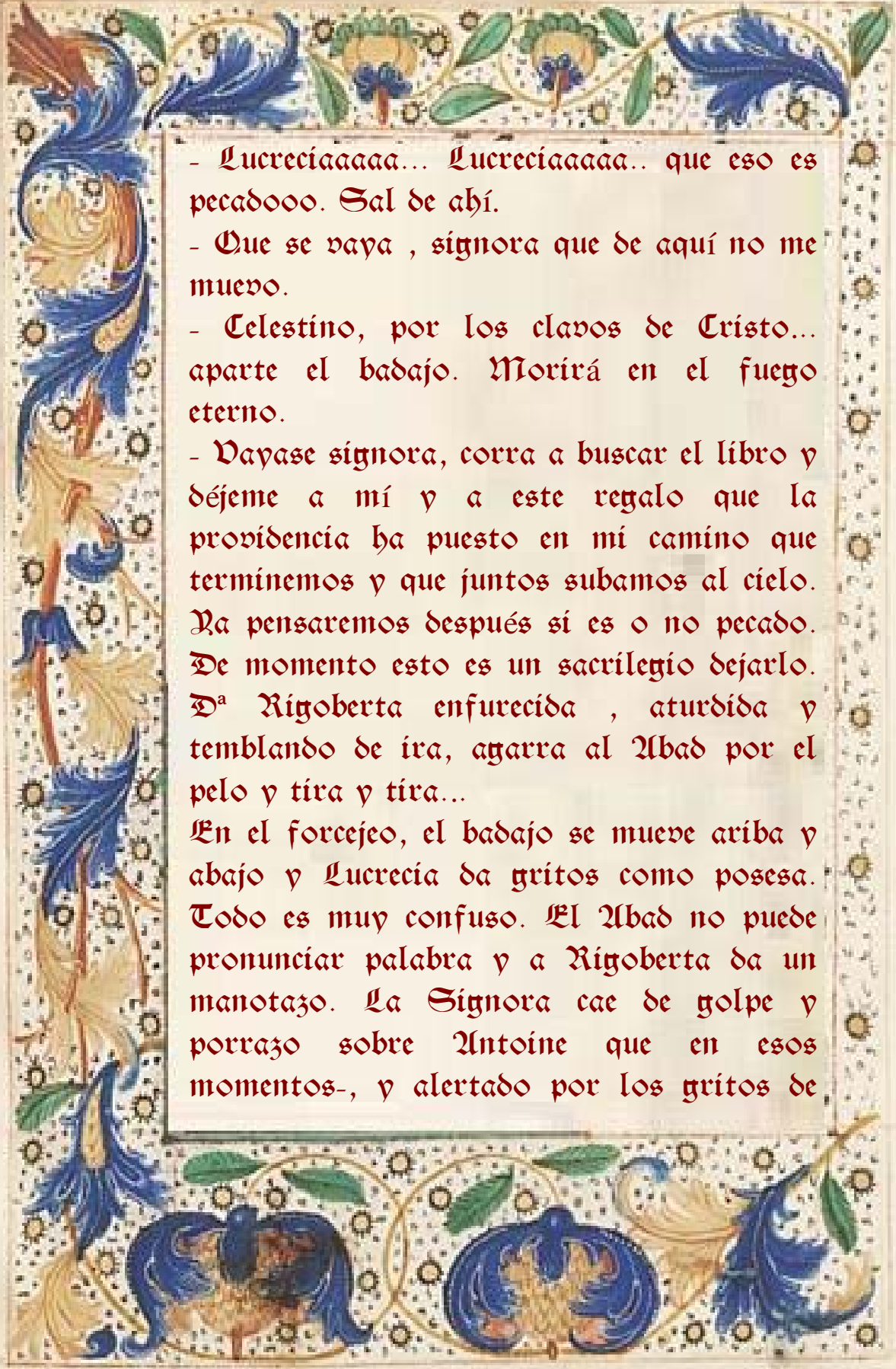


Que no, que no, Lucrecilla... ¿no sientes que lo maravilloso nunca puede ser malo? Lucrecia ya no entiende porque el Abad su puerta ha traspasado y el cohete con toda su fuerza ya está dentro. La mecha se ha encendido y luces de colores la muchacha está viendo. La traca ha comenzado. El pecado se está consumando

Peroooo.... surge en ese preciso momento Rigoberta con una suerte de candelabro.
- Suéltela, suéltela ripollés, suéltela o le atizo.

- No, no señora, por Dios. Que no, que no que me suelte. Estoy entrando en el cielo. Las guindas de mis colinas están como gordos garbanzos. Mis montañas son rocas duras. Mi fuente está chorreando, mis muslos son flanes que bailan al son del caramelo que el cura le está dando.






- Lucreciaaaaa... Lucreciaaaaa.. que eso es pecadooo. Sal de ahí.

- Que se vaya , signora que de aquí no me muevo.

- Celestino, por los clavos de Cristo... aparte el badajo. Morirá en el fuego eterno.

- Vayase signora, corra a buscar el libro y déjeme a mí y a este regalo que la providencia ha puesto en mi camino que terminemos y que juntos subamos al cielo. Na pensaremos después si es o no pecado. De momento esto es un sacrilegio dejarlo. D^a Rigoberta enfurecida , aturdida y temblando de ira, agarra al Abad por el pelo y tira y tira...

En el forcejeo, el badajo se mueve arriba y abajo y Lucrecia da gritos como posesa. Todo es muy confuso. El Abad no puede pronunciar palabra y a Rigoberta da un manotazo. La Signora cae de golpe y porrazo sobre Antoine que en esos momentos-, y alertado por los gritos de




Lucrecia -sobre sus pasos ha vuelto.
Lleva el cuento desaparecido en las
manos.

Los dos, chevalier y dama caen sobre el
diván que hay justo enfrente de la
chimenea de la biblioteca.
-Antoine ante los gritos de Lucrecia (que
siguen subiendo) rodea a la signora con
sus brazos, y el cuento de Bocaccio cae al
suelo.

La de vallejo y Castillo, medio
desfallecida extiende el brazo y casi , casi
llega a cogerlo. Pero Antoine se revuelve
y con el pie le da tal patada que el libro
sale volando y en su vuelo va a dar justo
en la cabeza de Celestino.

Celestino grita: Ay, Ay Lucrecia que
llego, que llego... que ya estoy viendo la
puerta del cielo. Apresúrate muchachilla
sí quieres entrar conmigo.





gritando:

- ¡Lo tengo, lo tengo, lo tengooooo...! Lo hemos recuperado.

Antoine algo desorientado se levanta y avanza sigiloso hasta la puerta que da a un descansillo del convento y que le permitirá desaparecer sin hacer ningún ruido.

Lo sabe. Esta vez ha perdido.

FINIS.

CELESTINO
JOKIKU
MERYER
RIGOBERTA et
VENEZIA

me fecit... cum licentia



Obra olaborativa
y espontánea
escrita en los
comentarios al
post publicado por

Armstrongfl en

Escritos a Diario

(entre el 31 de
diciembre de 2007
y el 1 de enero de
2008).